

VI

DIARIO DEL PRÍNCIPE.

Su carta, mi querido Valongo, me llega de Mesina, punto que le señalé como mi primera escala; efectivamente, nuestro viaje alrededor del mundo se ha visto de pronto interrumpido.

El efecto producido por mi ausencia en el personal del colegio, la alocución del director en el refectorio, la oración del P. Saliñón por el pronto regreso de la oveja descarriada, todo el minucioso y pintoresco relato que me hace V. de los días posteriores á mi huída me divirtió mucho, y la verdad es que lo necesitaba, pues no todas son alegrías en el oficio de raptor. Dispéñeme la molestia, y muchas gracias una vez más, por el trabajo que se tomó V. de llevar mis bártulos á Granburgo con lluvia diluviana, y disimule el muy frugal almuerzo que sin duda le sirvieron en la

suntuosa vajilla llana marcada con las armas de la casa. No mienta V., pues conozco la lista de los platos cuando está allí la duquesa. En plena temporada de fruta ha debido V. comer ciruelas pasas, y almendras é higos secos como postre; y además ha tenido V. una duquesa de mal humor, á la cual acababa de pedir yo otra vez dinero. En tales circunstancias, la sangre del barón Silva hierve y clama contra mí. El aire sombrío de mi padre se explica menos si, como V. me dice, empieza á recobrar el uso de las piernas. Debería estar radioso. Cuanto al maestro Juan, mi antiguo preceptor, esa palabra *cavata* que le ha cuchicheado á V. hablando de su discípulo, no tiene sino muy lejanas relaciones con el cajón de corbatas donde guardo mis cartas y recuerdos amorosos.... Quería significar sobre todo que soy un irresistible conquistador. El pobre mozo ha podido verlo como asiduo testigo de mis amores, que acompañaba con su violoncelo.... Sí, el pequeño campanario que está en lo alto de la colina, y que V. vió á través del aguacero, con algunas casas agrupadas en torno, y en el fondo, el cortinaje verde del bosque de Sénart, es en efecto la iglesia de Uzelles. En la comarca la llaman la « Pequeña Capilla » y, más pintorescamente, « la Capilla del Buen Cornudo », por causa del vejete que

la ha mandado construir. De modo que el sitio era privilegiado para mi aventura.

Allí fué donde una mañana del mes último, esperaba yo al alba la llegada de mi querida, Lidia F.... en un coche con el blasón y la librea de Granburgo, lo cual no dejaba de tener bastante desfachatez. El delicioso Alejandro había combinado todo para la huída, prestado el dinero, hecho el itinerario; se lo recomiendo: es caro pero incomparable.

Llegamos á Melún por el bosque y tomamos el tren hasta Lyon, corriendo hacia Cassis, después de una parada de varias horas; allí estábamos al día siguiente por la noche. Todo el viaje fué un encanto. Aquella linda muchacha que salta desde su cama á mi coche, sin tener ni siquiera tiempo para abotonarse el corpiño, nuestros primeros besos remojados de menta y de rocío; la embriaguez de creernos perseguidos en aquella carrera desatada á través de la arboleda, entre los crujidos de las ramas, el susurro de las hojas contra los visillos, y por encima de todo, la alegría delicada y salvaje de sentir que uno se libra de la regla, del deber y que se caza en vedado. Por fin Cassis, el mar, en la punta del muelle el *Azul-Blanco y Rojo*, su vela mayor do goleta á medio mástil,

no esperándonos sino á nosotros para abrir su ala. Esto, todo esto, superiormente exquisito.

Pero apenas embarcados, en una tarde divina de color verde y lilas, en que mi amiga y yo empezamos á gustar el colmo del deleite físico, abrazados y recostados en la cubierta, mecidos por un admirable coro de voces de hombres procedentes de un barco coralero napolitano que seguía nuestro mismo derrotero y que mezclaba sus alegres sonoridades con el suave espumar de la estela y con las ondulaciones del gallardete en lo alto del mástil, entonces *horrible, most horrible!* He aquí que mi adorada se siente poseída de espantoso mareo que no la dejó ni aquella noche ni la noche siguiente, y tenemos que volver al puerto por un mes, por dos, quizás para siempre. Como fiasco, no existe más completo. Ya le he dicho qué deliciosa compañera de camino elegí entre otras muchas, enamorada y aventurera, apasionada por los barcos y la navegación, que sabe ir al timón, soltar una escotilla tan bien como yo, el tipo de la mujer para un marino. ¡Qué si quieres! Había de marearse y de qué modo, increíble, espantoso.

¿Qué hacer ahora? ¿Renunciar á mi hermoso viaje? ¿Despedir el *Azul-Blanco y Rojo* á Cardiff, regalando á ese buen Nuitka las mil quinientas libras adelantadas por tres meses de paga? No he

tenido valor para tanto, ni tampoco para ir á instalarnos burguesamente, la condesa y yo, — conde y condesa de Uzelles para los vecinos de mesa redonda y los libros del hotel, — en una casita de orillas del lago de Lucerna ó de Ginebra, pasando después á los italianos. La vida común en esas condiciones es el suicidio por aburrimiento á menos de estar loco de amor ó tísico, lo que no es mi tipo; ¿ni tampoco el de V., según creo, mi querido Valongo?

Para tomarme tiempo de reflexionar, he anclado mi yacht junto á la inmensa peña de Mónaco y alquilado un piso de una de esas enormes posadas de Monte-Carlo, tan bien agrupadas en torno de la casa de juego. Aunque todavía no es la temporada, hay un gentío en las mesas de ruleta, casi todos extranjeros. Los primeros días gané lo que quise; después he perdido, á más de mi ganancia, los cuarenta ó cincuenta mil francos que me quedaban. La mala suerte quiso que Alejandro no estuviera en Uzelles cuando le llegó mi carta pidiendo dinero, y tuve que reclamar á Nuitt el anticipo hecho; ya puede V. figurarse su decepción y su espanto. ¿Y la paga de la tripulación, *bey God*? ¿Y la pensión de *mistress* Nuitt? Durante ocho días he tenido que soportar esa jerigonza, con variaciones capaces de hacerme reventar de

risa por el *captain*, el *second*, el *stewart*, buenas caras de ingleses, congestionadas, consternadas, que á todas partes me seguían, al correo, á las mesas de juego, agitando en los blancos terrados del hotel, en el camino umbroso de Mónaco las sombras frenéticas de una pantomima de Hanlon Lee. Por fin, cuando llegaron los galeones, pagados y contentos el *captain* Nuitt, su mujer y su tripulación, sigo jugando porque los días son demasiado largos; pero en adelante no me dejaré arrastrar más de lo prudente.

Al principio muy triste por el contratiempo que ha originado, mi querida no tardó en resignarse, gracias á los dos excelentes Pleyel de nuestra posada y á su complaciente auditorio. Añada V. el placer de las comodidades, de la elegancia, y el incomparable de oír al jefe del comedor decirle: «la señora condesa está servida», cuando entra al brazo del Sr. Conde. Los títulos, los blasones, he ahí el sueño de esta burguesilla sin padres y que en el hospicio donde la recogieron ha crecido con la idea de ser de origen noble, archi-noble. Es verdad que no carece de distinción, con su talle largo y flexible, sus aires fácilmente insolentes, la frente estrecha y con una cabellera admirable por marco; pero también hay unos pies y manos muy grandes, tan cómodos para el piano — teclado y

pedales — como poco tranquilizadores sobre su origen. ¿Me amaría si yo no fuese hijo de duque y personalmente príncipe? Lo dudo. Es demasiado joven para que la tentaran mis pocos años, como á cierta madura baronesa amiga de mi madre y ansiosa de carne fresca. Aunque mi estatura y corpulencia los desmienten, mis diez y ocho años le estorban, lo mismo que la ingenuidad y candor que me atribuye. ¡ Pobre muchacha!

Todavía hay mujeres sentimentales. Mi querida es una de las que dicen: « Ven á llorar en mis brazos. » Y á propósito, mi querido Valongo, voy á contarle cómo pude vencer sus últimas resistencias; esto podrá tal vez servirle. Estábamos solos una noche en una dependencia que hay en el fondo de su parque. ¡ La astucia que tuve que gastar para llevarla allí!.. Por supuesto, nada más; súplicas, lamentos eran inútiles. Para acabar de ponerme en ridículo, cosa tan fácil en semejantes discusiones, me entró en el ojo un granito de polvo. Frotéme con energía, á la vez que seguía mi ataque; mis ojos se enrojecen, se llenan de lágrimas, y de pronto siento que se abandona... «¿ Lloras?... ¿ dudas de que te quiero?... Oh, no, no llores, no sigas dudando.... tuya soy. » Y el error dura todavía, pues me cree muy enamorado, sin ella amarme gran cosa.

¿ No es realmente curioso que se haya lanzado á semejante aventura con tan poco combustible pasional? ¿ Es verdad, según afirma, « que le repugnaba mentir? » Sin embargo, esto no es aburrido, y en el duelo del hombre con la mujer, el arma de la debilidad, el arma infantil y femenina, la linda mentira, delicada y perversa, cincelada por pequeñas manos artísticas, me parece un juego muy agradable... No, la mentira no la fastidiaba. Lo que hay es que se aburría. Víctima de la vida monótona y desocupada, ha preferido entregarse á todos los caprichos de mis diez y ocho años, á todos los peligros de un globo aerostático lleno con humo de paja. ¿ Qué espera? Aun admitiendo que logre divorciarse, tengo para no casarme con ella mil pretextos de edad y de posición. Por lo demás, no se trata de semejante cosa. Su marido, Ricardo F..., que suponíamos un indiferente completo, revienta de varonil rabia según me dice Alejandro, y podría caerme encima una de estas mañanas. Pero estos celos del marido me parecen menos temibles que los del general mi padre.

Sí, mi querido Valongo, mi padre celoso de mí, loco por mi querida que, allá en lo profundo de su corazón, conserva sentimiento más vivo hacia el héroe de Wissemburgo que hacia su tonto de

hijo. ¿ Ha hecho brotar ese sentimiento la piedad, la lástima, ó existía ya antes de la enfermedad del general? Lo ignoro; pero los he visto por espacio de muchos y muchos meses, á ella en el piano, y á él en su sillón de tullido, echándose miradas más significativas que palabras, y con frecuencia he comprendido que, tratándose de una imaginación tan romántica, aquel paralítico, lleno de años y cubierto de gloria, era un rival peligroso. Por su parte el viejo me adivinaba, desconfiando de la *cavata*, convencido de que yo acabaría por triunfar, á causa de mis piernas y de cuanto él no tenía. ¡ Ah, cuánta pena he debido causarle, sobre todo cada vez que ella venía á pasar la tarde en Granburgo y que me la llevaba á pasearla por el jardín y por la casa! Imagínese V. á D. Juan Tenorio sin piernas; al listo de los listos, al que nadie engaña como él dice y que por su parte ha engañado á todos, figúrese V. á este hombre atornillado en un sillón, reducido á acechar desde lejos, detrás de un visillo y á preguntarse cada momento: « ¿ Dónde estarán? ¿ Qué hacen? » receloso, resentido, arrastrándose sobre las patas de su silla para ponerse á escuchar en las puertas, bajo, furibundo, llorando. Ese hombre era mi padre. Comprendo perfectamente que para acabar con semejante tortura tuviese la idea de encerrarme

en el colegio de Stanislas. Á lo cual yo contesté, golpe por golpe, con la doble mudanza del hijo y de la pretendida... Ahora bien, podría ocurrir, sobre todo al saber que mi barco sigue en el fondeadero, que mi padre abusara de mi menor edad para reinstalarme en Granburgo y aun en el colegio. La cosa tendría gracia si yo volviera al año preparatorio.... ¿ Será con mi querida? El traje de colegial le iría á las mil maravillas. Este es un desenlace que ella no ha previsto.

¿ Pero acaso piensa en algo? Me sería difícil decirlo; y es realmente extraordinaria esta clausura, esta impenetrabilidad de dos personas que viven una junto á otra durmiendo debajo del mismo mosquitero. Á veces pienso en el grito de horror que lanzaría si de pronto penetrara en mí; en ese yo tan oscuro y confuso que me pierde al analizarlo y me da miedo. Si entrara en él súbitamente, ¡ qué espanto! ¡ mas bastaría con que abriera esta carta... para que perdiese todo el amor que puede tenerme... á menos de que ocurriera lo contrario. ¿ Qué duquesa del gran siglo dijo que para amar completamente á un hombre debía la mujer despreciarlo un poco? Sería singular que, cansado de mi querida y para apartarla de mí me le presentara tal como soy y transformara en pasión su capricho. No, más

vale dejar que trabajen la suerte y Nuestra Señora de Fourvières, en quien la encantadora joven tiene ciega confianza, hasta el punto de que al marcharse de su casa casi desnuda, quiso, así que estuvimos en Lyon y antes de comprarse una camisa, ir en peregrinación á la iglesia de Fourvières, proveyéndose de escapularios y rosarios benditos. No me opuse, porque ¡es delicioso el chis chas de las medallas sobre una garganta rubia, es tan bueno el placer que se convierte en pecado, el deleite saboreado en medio del remordimiento y del miedo!

Entre los extranjeros más ó menos híbridos que en esta temporada habitan nuestra fonda ó vienen sencillamente á comer en ella, hay un joven matrimonio, los Nansen, con quienes hemos trabado relaciones. El marido es sueco y profesor en una universidad de su país. Habiendo enfermado del pecho se hizo nombrar para una misión en el sur de Italia. Ahora regresa, casado desde hace ocho meses con una lindísima muchacha, hija de un hostelero de Palermo. Luna de miel apasionada, reunión del Norte y del Mediodía que forma interesante contraste. Nuestro hombre es un rubio con anteojos, dulce de carácter, raquítico, con los hombros de forma de alas rotas, y ojos septentrio-

nales, finos y claros. No sé quién ha dicho que á medida que se va hacia el norte los ojos se suavizan y se apagan. No son así los bellísimos miopes de Nina, la Sra. de Nansen, dos uvas negras, tentadores y lucientes en su espléndida carnación italiana. La mujer algo regordeta, pero tan joven y tan natural, acurrucándose junto á su marido con risitas de querida realmente amada, sacudidas de planta dichosa que se alza y se desarrolla al sol. Nuestra presencia en la fonda, donde comían, si bien habitaban en una casa cercana, turbó la armonía del casar. Los lindos trajes de mi parisiense, su altanera reserva, impresionaban vivamente al Sr. Nansen, que de pronto empezó á considerar chillones los colores de los corpiños de su Nina y á encontrarle aire común. Pero el pobre mozo era demasiado tímido para que yo pudiera esperar que me sustituyera algún día en mi puesto, por mucha gana que tuviésemos, él y quizás también yo. ¿Cuál es la causa de esta timidez, tan frecuente en el hombre y que la mujer no conoce? Ya le he hablado á V. del Sr. Pum-pum; Nansen me lo recuerda á fuer de tímido. Es uno de esos entes que tropiezan cuando se les mira andar, que hacen fuerzas para abrir la puerta de un almacén y que en la calle rozan las paredes, como si quisieran hacer en ellas un agujero para

esconderse. Pum-Pum, cuyas confidencias recibía yo, me hablaba de un amigo suyo que sólo embriagado se atrevía á ser tierno con su mujer; y siempre he pensado que este amigo era él mismo. Mi sueco es parecido. Una noche tocaba en el salón un valse lento de Brahms mirando á mi querida como en éxtasis. Estaba yo cerca y le dije: « Cuidado, Nansen, que se está viendo... » En vez de preguntarme de qué hablaba, se puso muy colorado y se le cayeron los anteojos sobre las teclas.

Cuando le daba broma con su mudo admirador, Lidia me contestaba sonriendo: « Me parece que la mujer tampoco te disgusta... » Y la verdad es que la graciosa Nina me tentaba por su doble atractivo misterioso de mujer y de extranjera; además, estaba muy enamorada de su marido, era excitante. ¿Lo ha comprendido mi querida? ¿Es el temor de uno de mis caprichos lo que la ha decidido á marcharse bruscamente de Monte-Carlo? Hace ocho días, al presentarse una mañana el capitán Nuitt á recibir órdenes, tan flemático como de costumbre, Lidia se declaró dispuesta á embarcarse, no obstante el consejo de los médicos. Convínose en hacer escala en Génova y sí este pequeño viaje no la cansaba, continuar hacia Malta y lo demás.

« ¿ Si lleváramos á los Nansen hasta Génova? » propuse yo con tono indiferente; y ella, después de haber buscado mi pensamiento hasta en el fondo de mi mirada, lo cual no es cómodo, contestó, muy orgullosa como siempre: « Llevemos á los Nansen. »

Á las dos de la tarde, el *Azul-Blanco-Rojo* salía de Mónaco, con todo su velamen al viento. Pero antes de anochecer, frente á Vintimilla, nos sorprendió un magnífico temporal; granizo, tramontana, el mar furioso, y la Sra. Condesa tendida en su cama, sin fuerza para hacer un movimiento, lanzando continuo gemido de agonía. Al lado, en el salón iluminado por los relámpagos, Nansen vomitaba cuanto podía sin pensar ya en el amor. Su mujer y yo hubiéramos podido echarnos en los divanes y darnos de besos en sus barbas sin que él fuera capaz de un gesto. Pero la pobre Ninita estaba lejos de pensar en semejantes cosas. Loca de terror, pasó la noche arrodillada, cogida al sillón de su esposo, y cada vez que aparecía el cárdeno resplandor del rayo, todo se le volvía santiguarse y sollozar letanías: « Santa Bárbara, Santa Elena, Santa María Magdalena... » Para coquetear en tales condiciones, me habría sido necesaria el alma romántica y blasfematoria de un personaje de Eugenio Sue.

Al día siguiente, nuevas complicaciones. Nansen se sintió atacado de una hemotisis violenta, consecuencia de su malestar; y como en la farmacia de á bordo no había percloruro, tuvimos que tomar tierra en San Remo para el pronto alivio de nuestros enfermos. Y aquella noche misma, mientras el *Azul-Blanco-Rojo* barloventeaba para volver á ocupar su fondeadero en Mónaco, junto al yacht de Su Alteza, volvíamos los cuatro á Monte-Carlo por el camino de hierro. En la fonda me esperaba una carta de mi padre, marcial toque de clarín al honor y á la patria. Desde hace cien años, siempre hemos tenido un De Auvernia en las banderas y en buen puesto; si mañana estallara la guerra, si Francia tuviera necesidad de sus hijos, ¿quién iría de nuestra casa? Cuatro páginas de este lirismo para moverme á dejar mi querida y entrar en Saint-Cyr. Ya puede V. pensar si esta tocata me ha conmovido.

La guerra me aburre, pues la considero estúpida y repugnante. Entre las dos maneras de considerar un campo de batalla, la vertical, la del jinete, sable en mano y de pie en los estribos, con un buen trago de aguardiente en el estómago, y la horizontal, la del herido que se arrastra con el vientre abierto en el lodo y la sangre, nunca he podido concebir más que la última, que me ha

llenado de repugnancia ya que no de temor. Al día siguiente de Wissemburgo, mi padre decía hablando del combate: « Había carne... » Así me imagino la guerra, toda de carne muerta y arrastrada, no de hermosa carne en pie, brillante y viva. Sin embargo, no soy cobarde. La otra noche no anduve haciendo ascos cuando fué preciso poner buena cara al mal tiempo en compañía de la sólida tripulación del yacht. No, tendré mis momentos de valor como todo el mundo; pero la carnicería me da horror. Además, las palabras patria, bandera, familia, no evocan en mí sino ecos hipócritas, viento y sonido. Á V. le pasa lo mismo, mi querido Valongo, sólo que en V. todo viene del estudio, de la reflexión. Su cerebro, como el de tantos otros jóvenes franceses, es una conquista de la filosofía alemana, conquista muchísimo más seria que la de Alsacia y aun de la Lorena. Kant, Hartmann, y sobre todo el otro, el famoso, ya sabe quien quiero decir, han desmontado ante vuestra vista la decoración de la vida, pieza por pieza; la erudición del sentimiento y de la sensación ha destruído en vosotros la facultad de sentir.

Pero yo, yo que no sé nada, que no he leído ni estudiado nunca, ¿cómo me encuentro en el mismo estado de cansancio y decrepitud morales? ¿Por qué me veo seco, hastiado cuando ape-

nas tengo diez y ocho años? ¿ De dónde procede este desprecio de todo deber, de toda misión, de esta rebelión contra todas las leyes?... Mi nombre, mi fortuna, mi juventud, y un alma de anarquista. ¿ Por qué? V., á quien todo se lo cuento, que me conoce á fondo, procure darme una explicación. ¿ Me considera V. sencillamente — así parece decirlo su última carta — como un producto de la nueva escuela, como una muestra de la remesa postrera? Nuestros mayores deben estar sorprendidos en tal caso. Los que se van y los que vienen no se parecen, ya lo sé; pero esta vez, si me comparo con mi padre, comprendo que están cortados los puentes entre las dos generaciones y de una orilla á otra podría exagerarse la incomprensión hasta convertirse en odio.

Lo cierto es que leí á mi modo la carta del general, no viendo en ella sino su regreso á la vida y deseo de volver á poseer su querida Lidia... que ha encontrado mucho más conmovedoras que yo las páginas de elocuencia militar. Mi sentimental amiga tenía los ojos llenos de lágrimas; por lo demás, estos accesos van repitiéndose con frecuencia y no dejan de inquietarme. ¡ Esto sí que sería una aventura!... Sin embargo, aquí tenían sus lágrimas otra causa y procedían de un origen moral; sentíala conmovida y dispuesta á los

mayores sacrificios. ¡ Ah, el viejo marrullero, su carta era menos para mí que para la que había de leerla por encima de mi hombro, pensando en él. Y ahora preveo una demostración paternal más viva aun. Apuesto que va á venir en persona, y á representar una buena escena de melodrama, para llevarse de un golpe su querida y su hijo; dos pájaros de una pedrada. ¡ Si se imagina que voy á esperarle!... Primeramente, la ruleta ya no me distrae, y esa es otra sensación caída en el abismo; de seguro que no vale la pena de achicharrarse uno en este país africano, donde el sol y el ardoroso polvo ciegan, mientras ensordecen los cantos de las cigarras, que parecen el monótono ruido de la luz.

Lo mejor sería marcharme en mi yacht, confiando Lidia á algún amigo que la llevara por tierra á cualquier rincón olvidado de Bretaña ó de Italia. ¿ Pero quién? Los Nansen... se acabaron... Olvidaba decirte que el pobre sueco murió de una tisis galopante al día siguiente de nuestro regreso. Con tal motivo, señor filósofo, voy á consultarle como á mi confesor un caso pasional y misterioso, casi indecible.

He ahí pues nuestro sueco *ad patres*. Durante dos días hemos vivido en esta muerte, mi querida pasando horas enteras junto á la viuda desespe-

rada, yo y mi bravo Nuitt, cuya prebenda utilizo lo mejor que puedo, ocupados en arreglar el triple ataúd de encina, plomo y palo blanco en que ha de volver el difunto á su país, así como de las cuestiones de transporte, de tránsito..... Comíamos literalmente de ese sueco; sus cenizas se mezclaban con nuestros alimentos, se insinuaban en nuestro sueño. El tercer día, ayer por la mañana, me dijo la condesa :

— Debes ir á ver á Nina... quisiera darte gracias por la bondad y complacencia que has tenido con ella.

Nada más común que esta visita. ¿ Por qué estaba yo tan conmovido, tan apasionadamente conmovido al entrar en el pequeño jardín de la casa, en el hueco de una pared color de malva, á diez minutos del mar? ¿ Era el siroco ó el aroma de las adelfas? Sentía mi boca seca, las manos ardientes, y todo mi ser entorpecido por un vértigo sensual que no me impedía pensar en la muerte..... ¿ Cómo no? Esta era la dueña de la habitación, que había llenado de confusión y desorden, según costumbre. Estas ventanas del piso primero, enteramente abiertas, esotra herméticamente cerrada donde se distinguía el lúgubre resplandor amarillo de los cirios en mitad del día, y en todas partes, hasta en el fondo del jardín,

hasta debajo de los laureles, el horrible olor de mixtura y de serrín que exhalan los lechos mortuorios.

Esperé cinco minutos en un saloncito del piso bajo, sentado en un canapé de paja. Pasos en la escalera. Nina... Ya le he dicho que entre esta mujer y yo no había nada. La víspera de su desgracia reímos y jugamos toda la noche en el jardín de mi hotel. Una coquetería alegre. Pero aunque mi deseo la divertía, su principal ocupación era vigilar á su marido, que estaba sentado en el piano con mi querida, delante de una sonata á cuatro manos. Desde entonces no había vuelto á verla. Dígame V. porqué *estaba yo seguro* de lo que iba á suceder... Entró, muy pálida, vestida de prisa con una bata negra ajustada á su talle suelto y flexible; debajo se adivinaban sus hermosas carnes morenas de italiana. Sus ojos brillaban entre sus párpados rojizos é hinchados. Arrojóse junto á mí sin decir una palabra; nuestras manos se juntaron y el fuego se encendió... « Ah, conde... » En seguida la tuve sobre mi pecho, sobre mi boca, fatigada por sus noches de vigilia, abandonada, entregada, desmayada en un lento beso de calentura que olía á fenol... Precisamente en ese instante llegó la hostelera á pedir un par de sábanas y á quitarme de la boca una ocasión que no había de volver á presentarse.

¿ De todos modos, qué le parece esto, mi querido filósofo? ¿ Por qué expansión diabólica esta mujer se apartó del muerto que quería y lloraba para arrojarle en mis brazos? ¿ Será que en torno de los ataúdes revolotea un soplo de sensualidad? ¿ Ó es que la vida toma su desquite en un impulso vehemente é inmediato? Tengo la convicción de que los médicos saben más de lo que dicen sobre esos instantes de desorden y perversión, que de seguro aprovechan con frecuencia. Por mi parte, ya en otra ocasión, en circunstancias más terribles todavía, sentí la misteriosa influencia... el amor y la muerte, Valongo!

Pensaba enviarle esta página de mi diario sólo después de tomar una resolución y fijar nuestra nueva residencia; pero hétenos en plena peripécia. Esta mañana entra en nuestro cuarto, siempre lozano pero con la cara trastornada, el Sr. Alejandro, que, desde mi partida, espía por cuenta de mi familia al marido de Lidia... y ha hecho el viaje con él en un mismo tren. Por fortuna, ese feroz marido explora Mónaco donde cree que estamos, lo cual nos deja tiempo para tomar un partido.

Dentro de poco irán más noticias. El asunto no deja de ser grave; pero tomándome el pulso lo encuentro tranquilo.

CARLEJO.

VII

Al separarse bruscamente del anciano Merivet, después de su conversación en la cerca de la capilla, Ricardo tropezó con el Sr. Alejandro; y la sonrisa angulosa del lacayo, la ironía que le pareció notar en ella, iluminaron su mente con repentina claridad.

— ¿ Dónde están esos miserables?... este hombre lo sabe; lo sabe por Granburgo, y en casa lo sabe Rosa por él.

Y mientras andaba por el camino ya ardiente, su sombra recogida y corta doblaba á su lado los gestos de un furioso soliloquio.

— ¡ Cuidado si soy tonto! No haber pensado antes en esto y pasarme el tiempo en el correo. Con tal de que esta muchacha me lo diga... Pero lo dirá, pues si no...

Precisamente Rosa Chuchín, que tenía la misma